BOB POP

# COMO LAS GRECAS

¿Por qué nos emborrachamos así?

EN DEBATE

BOB
POP

# COMO LAS GRECAS

¿Por qué nos emborrachamos así?

EN DEBATE

*Para quienes brindáis conmigo.*
*Por la vida. Por el amor. Por si acaso*

> Nada más triste que beber alcohol a solas porque hay una necesidad urgente de tocar manos y oír canciones y guitarras.
>
> ALEJANDRA PIZARNIK, *Diarios*

Hace unos meses, hablando con una amiga noruega con quien compartí oficina y juergas en mis tiempos de Oslo, le pregunté por un verbo noruego que recordaba de una economía lingüística fascinante, «sí, Sarah, ese verbo que usáis para cuando salís a beber hasta caer». A lo que mi amiga Sarah respondió con cuatro «hes» –la versión anglosajona de nuestro «je»– y con el verbo en cuestión: *dritings*, que no significaba exactamente lo que yo había creído todos estos años: «Básicamente quiere decir "beber hasta que te cagas encima". *Drit* significa "cagar". Un pelín más dramático que "caerse"». Pues sí, todo es un pelín más dramático.

Hasta cagarse encima. Hasta caerse. Hasta perder el control, la memoria, el pudor, el miedo, las gafas, el equilibrio. Beber para perder todo lo que nos pesa, así me recuerdo yo borracho y más ligero, «como Las Grecas», cocido como un piojo. Y así me acuerdo de Marisa Paredes en *La flor de mi secreto* sorbiendo de su copa mientras le confiesa a su mejor amiga: «Ay, Betty, excepto beber, ¡qué difícil me resulta todo!». Lo dramático, queridas, sucede cuando el beber y el todo empiezan a ocupar casi el mismo espacio en nuestras vidas, o cuando suena de fondo a todo volumen la voz de Fabio McNamara al grito musical de «¡Vivir, beber! ¡Beber, vivir! ¡Vivir, beber no es Beverly Hills!».

> La dipsomanía es la versión alcohólica de la pornografía.
>
> KINGSLEY AMIS,
> *Everyday Drinking*

Este breve ensayo mío no trata acerca del alcoholismo ni pretende fomentarlo, tampoco salvar a nadie de su horror. Este texto intenta encontrar respuestas a ese beber social y compulsivo que hemos compartido tantas veces a la salida del trabajo, de fiesta nocturna, de vermús de domingo que se nos fueron de las manos y bodas de las que nos acabaron echando a la puta calle y esa calle era –¡maldita sea!– la Casa de Campo de Madrid a medianoche, y tropecé nada más salir y la pernera izquierda del pantalón se rajó a la altura de la rodilla, que

sangraba; al ir a levantarme me fallaron los brazos y volví a caer al suelo de boca. Ahí fue donde me quedé dormido. No fue demasiado tiempo; todavía era de noche cuando una mujer trans con las tetas casi al aire estaba vaciando sobre mí el agua de una pequeña botella de plástico que después guardó en su bolso, mojándome la cabeza para ayudarme a despertar: «Oye, ¿tú estás bien?». «¡Y yo qué sé!». Y yo qué sabía.

Siempre tengo sed. Cuando bebo agua no pasa nada, solo me hago pis. Cuando bebo alcohol pasan cosas. Cuanto más bebo, más cosas pasan.

Beber hasta caer en compañía es una atracción, como subirte con amigas a una montaña rusa. El único momento de la semana en que me puedo dejar llevar. Caer. Caer en compañía a un abismo divertido.

Bebemos hasta caer porque confiamos en tener a alguien que nos sostenga o porque sabemos que no hay nadie para sostenernos. Es un juego. Peligroso. Hablo por mí. Y por todas mis compañeras: «Lo único que busco es una vía de escape; dejar de pensar, dejar de sentir, olvidar que no consigo encajar las cosas con a lo que la gente se refiere como sociedad. Mis sueños hace tiempo que los dejé escapar…», me escribe A. cuando le pregunto su porqué.

Siempre hay algo de eso, de la anestesia que proporciona la ebriedad y ese espacio que nos acoge en la borrachera grupal donde nunca falta un lugar para nosotros, donde no importa la distancia que recorra nuestra cabeza al vuelo, intoxicada, y la mirada perdida; allí se nos espera siempre, hasta cuando nos esfumamos.

> Borracho. Ni me acabo el gin-tonic. «Me marcho, me voy. A casa, estoy cansado», muy despacio, a mis amigos que en la barra del bar, eufóricos, ni me escuchan despedirme, porque las últimas palabras las digo ya fuera «… A casa, estoy cansado». Y borracho; no tanto como para no darme cuenta de cuánto […]. Borracho pienso doble: por un lado, una parte de mi cerebro ejecuta torpemente las tareas más simples, mientras la otra cavila todo el tiempo, me ve caminar a trompicones a la vez que elabora madejas mentales de ideas sin desovillar, que giran enredadas, que tal vez –pienso, cuando estoy a punto de resbalar del bordillo de la acera y caer– intenta desenmarañar ese otro lado, y es por eso que tropiezo; porque me enredo en ellas. Será por eso que tengo un lado de la cabeza que piensa y otro que se cae.

Así comenzaba *Mansos*, mi primera novela. Un inicio beodo que, asumo, me autoriza para pasar de la narrativa de autoficción 2011 al ensayo sui géneris 2024 bajo una curva temporal por la que han pasado algunos años, muchas cosas; no he dejado de beber aunque sí de caerme y aunque sí de beber de ese modo, aunque sí de poder marcharme solo de un tugurio a otro porque ahora me muevo en silla

de ruedas y «excepto beber, ¡qué difícil me resulta todo!».

«Borracho. Ni me acabo el gin-tonic. “Me marcho, me voy. A casa, estoy cansado”, muy despacio, a mis amigos que en la barra del bar, eufóricos, ni me escuchan despedirme, porque las últimas palabras las digo ya fuera “… A casa, estoy cansado”». Así empezaron muchas de mis noches para cuyas mañanas de resaca delegué la autoría en el bueno de Bohumil Hrabal:

> Cuando tienes resaca, de golpe te acuerdas de lo que ha pasado la noche anterior, los planchazos y las meteduras de pata que has cometido, la gente que has insultado, la cantidad de tonterías que pronunciaste y los secretos sobre ti mismo que soltaste, y entonces no tienes ganas de seguir viviendo; sólo cuando tienes resaca y piensas en el suicidio, de golpe se te ocurre la frase escondida… ¿qué será de ti? ¿y sabe qué?, ahora pienso que incluso lo de escribir es mi defensa contra el suicidio, como si escribiendo me escapara de mí mismo, escribiendo quizás podré contestar a la pregunta… qué será de mí, quién era y quién soy ahora mismo.[1]

Las borracheras tumultuosas y las resacas solitarias. Las borracheras descerebradas y las resacas turboautorreflexivas con su toque apocalíptico a lo Hrabal.

> Tras un par de copas, la atención se limita sólo al entorno inmediato. Divagas de forma impredecible, sintiéndote más libre de ir dondequiera que te lleve la conversación. Estás contento y no te preocupan las futuras consecuencias. Tus habilidades motoras son penosas. Por otro lado, si hablas un segundo idioma, puede que de pronto te sientas más seguro al hablarlo, y con más fluidez. […] La intoxicación nos ayuda con las exigencias de nuestro nicho ecológico al facilitarnos ser más creativos, convivir con otros en espacios reducidos, mantener el ánimo en los proyectos colectivos y ser más receptivos a conectar con los demás y aprender de ellos.[2]

*Se ha hecho costumbre beber de todo vaso*
*disponible,*
*pararse al espejo y tomar el primero del día,*
*aferrarse a un muñeco fabricado con polvo,*
*con el que te sientes seguro, como si al tenerlo*
*obtuvieras las llaves para cerrar todas las*
*puertas y no tener que salir.*

GABRIELA VARGAS AGUIRRE,
«Reuniones familiares»

Nunca estamos más conectados que cuando bebemos en compañía, bien sea como adolescentes fuera del área de influencia familiar, en la clandestinidad de los parques alejados de casa, bien sea en la

soporífera celebración navideña en el chalé de los tíos con posibles donde –gracias al caos etílico, hiperglucémico y calórico reinante– confraternizamos a tragos con primas y primos que nos dan igual el resto del año, que incluso nos parecen bastante gilipollas pero que, esa noche, entre sorbos de vino, algún lingotazo de pacharán y una copita de cava –«solo para brindar, mojarse los labios y ya está… ¡Y P'ADENTRO!… ¿No os he dicho que era mojarse los labios y ya?»–, esa noche nos caen fenomenal, y «tenemos que quedar un día y salir por ahí»… Internet aún no había llegado a nuestras vidas y no habíamos podido toparnos con esa supuesta ingeniosa cita de Hemingway: «Bebo para hacer interesantes a los demás» que estábamos suscribiendo sin saberlo. Es más; interesantes se quedaba muy corto. A la tercera ronda de Baileys a morro nos parecían fascinantes, apasionantes, y, si me apuras, al primo José Ignacio yo le comía la boca ahora mismo, pegajosa y dulzona de licor. «JAJAJA. Quita, quita, ¿qué haces? ¡No me seas maricón! ¡Vaya tajada que llevas, primo! JAJAJA».

Nunca estuvimos tan borrachos como parecía, como les hicimos creer; aprendimos a beber de menos y a simular curdas monumentales que nos sirvieran como excusa para acercarnos mucho al amigo que nos gustaba para mucho más que eso. Que nos tuviera que sostener de la cintura para mantenernos en pie, que le hicieran gracia los excesos sentimentales tan típicos de los borrachos: «Te quiero mucho, tío». Y él te respondía que sí, que también te quería mucho, pero que cuando te ponías así te querría matar. Hasta que un día te atreviste a decirle, sobrio, la verdad: que le querías, de corazón, de una manera en la que temías que él no te fuera a querer nunca. Que seguiríais siendo amigos, dijo él quitándole solemnidad a tu declaración. Tú fuiste sincero y él mintió. Nunca más volvisteis a veros fuera del colegio. Fue después de aquello cuando empezaste a beber hasta caer, rodeado de otros borrachos que te daban igual, como tú a ellos, borrachos que nunca te ayudaron a levantarte del suelo.

Me pone enferma ver beber a una mujer. No sé, es algo que llevo dentro, supongo. Que un hombre beba no me importa tanto, pero me pone frenética ver emborracharse a una chica. Supongo que es mi manera de ser.

DOROTHY PARKER,
«El último té»

–Oye, ¿tú estás bien?

–¡Y yo qué sé!

Esta vez soy yo quien le pregunta a L., una compañera de clase con quien apenas he hablado en los dos meses que llevamos compartiendo aula en la universidad y que, igual que yo, decidió socializar un poco con el resto de la clase y apuntarse a las cañas navideñas que han

organizado los y las guays del curso. Son las seis de la tarde oscura de un 15 de diciembre y hace horas que el resto se marchó a sus casas, a sus pueblos o a otras juergas, y solo quedamos L. y yo en este bar de mala muerte lenta que me devuelve a los tiempos escolares, cuando nos acumulábamos aquí los viernes a compartir enormes vasos con cerveza que se servían como «minis» y con los que nos «pillábamos el puntito» antes de montarnos en el autobús de línea que nos llevaría de Moncloa a la sesión vespertina del Oh! Madrid, una discoteca pija de la que nos echarían como muy tarde a las once de la noche, poco antes de que les llegase el turno a los mayores, que, hasta arriba de cocaína, se divertirían de lo lindo echando carreras con sus coches caros en dirección contraria por la A-6 de madrugada.

Claro que L. sabía esa tarde que no estaba bien, igual que yo sabía que ella no estaba bien y mi borrachera me hacía desarrollar el falso superpoder de la escucha sanadora. Me acuerdo de entonces, pero, sobre todo, gracias a otras veces cuando L. y yo hablamos de aquello en ocasiones posteriores, en encuentros más sobrios, incluso abstemios, en los que volvíamos a relatarnos nuestra primera vez, nuestra primera borrachera juntos, el acto fundacional de tantas parejas de amigo marica y amiga heterosexual, la tarde en que perdimos esa virginidad, las reservas ante nuestra intimidad; me acuerdo de esa tarde en la que L. me intentó explicar, muy mal, lo que le estaba pasando en esos días, en aquellos meses tan raros. Me acuerdo por acumulación, porque es uno de nuestros «grandes hits», pero prefiero contarle a L. que estoy escribiendo este libro y pedirle que mejor me lo recuerde ella (que no, mujer, que no voy a poner tu nombre. Que sí, que me lo puedes contar por mail):

> Estaba fatal porque estaba muy borracha y con la poca lucidez que me quedaba, o gracias a la rara lucidez que te da una buena melopea, pensé que estaba haciendo el ridículo poniéndome como Las Grecas en compañía de una panda de chavales y chavalas que aún no habían cumplido los veinte años mientras que yo iba de camino de los treinta, estaba estudiando mi segunda carrera y tenía en casa a mi novio –¡mi prometido, mi futuro marido ese verano! y estaba ahí contigo, toda pedo. Creo que te dije que me acojonaba tener un problema con la bebida pero no me atreví a decirte la verdad, que tenía un problema con mi vida. Que prefería estar ahí borracha contigo –que eras muy tierno, muy gracioso y muy frágil– que en casa con mi novio, que era un pesado y un muermo. Creo que bebía tanto para no poder hacer lo correcto, lo que se esperaba de mí. No es que me refugiara en el alcohol, es que me autoboicoteaba con el alcohol. Me autosecuestraba. Para mí era como esa botella de la que bebía Alicia para hacerse pequeña o, en realidad, era la pócima que me volvía gigante y me impedía caber en los sitios pequeños, en el hueco reducido de la vida que me esperaba en casa, en el futuro, en el presente monótono, en las comidas del domingo en casa de mis suegros, los miércoles de cine con pelis en V.O. que no se podían

comentar a la salida porque mi novio necesitaba reposarlas y le molestaban mis opiniones viscerales sin meditar… ¡HOSTIA, bebía porque confiaba en que las resacas me alejaran de esa playa de tedio, mediocridad y autoconmiseración! ¡Era como una de las chicas solteras borrachas de los cuentos de Dorothy Parker bebiendo para así evitar convertirme en una de las señoras casadas borrachas de los cuentos de Dorothy Parker!

Leer a L. me hace pensar en una nueva versión del lema feminista «Sola y borracha quiero llegar a casa». En una versión donde, en vez de reclamar el derecho a no ser agredida en la calle, fuera cual fuera su circunstancia, L. reivindicara su derecho a llegar borracha a casa y encontrarla sola, vacía del novio turras. Solas y borrachas tienen que volver a casa sin toparse de camino con violencias machistas; también sin encontrar perezas machirulas en su destino hogareño.

Leer a L. me empuja a releer a Natalia Carrero.

> Todo comienza con un gluglú. Estoy escribiendo un libro por el tema: mujer más alcohol más clase media hacia la que va dirigido. Hablo de todas las borrachas que he sido y dejado de ser, de la alcohólica crónica que fui y la moderada que ahora soy, salvo excepciones justificadas. De la iniciación a la bebida en la infancia y el aprendizaje juvenil, silencioso y en algún momento escabroso. De la infinidad de estados etílicos y, cómo no, resacosos. De la pérdida de control y la incontinencia urinaria, así como de las tensiones agotadoras que se producen cuando la conciencia desea mantener el control a toda costa, tratar de hacer las cosas de la mejor manera, no emborracharse más que lo justo, ni una gota más que sobrepase la línea del disfrute, el placer de la cima alegre.[3]

Y sé que lo de Natalia es otra historia de la que apenas sé nada, solo lo que ha escrito ella en su libro, que es una delicadísima joya líquida que a ratos me ahogaba y me conmovía entre palabras escritas y dibujadas donde flota un sentido del humor salvavidas. Pero eso es todo lo que puedo decir; que la leí y creo que la entendí casi tan bien como recuerdo aquella frase que, hace años, me dijo mi hermano mientras cenábamos los dos en un restaurante indio: «Madre hubiera sido una estupenda alcohólica». Conste que a mi madre nunca le dio por beber. A mi hermano le acompañé varias veces a Proyecto Hombre. Pero esa también es otra historia sobre la que le corresponde escribir a él. Escribir algo como esto:

> Por tanto, en la expresión «Madre hubiera sido una estupenda alcohólica» se muestra el modo en que en ella misma esté inscrita cierta determinación de mi propio alcoholismo.
>
> Es un modo perverso; una inscripción malévola –un acontecimiento hondamente humano.
>
> Me explico: ese silencio (pasión de enmudecimiento) ha parido una frase;

ese silencio, por lo tanto, funcionaría como origen simbolizante, o elemento mitológico latente, de ciertos momentos necesitados de palabras que orienten la institución de mi relato familiar –la deuda paranoide de mi identidad social–.

Luego la posibilidad a la que me refiero podría dictar que este hecho me condujera, bajo dicha marca del silencio y la incomunicación originarios, de forma inconsciente, movido por una pura intuición metafísica, a asumir como propia la respuesta oculta a ese enigma no enunciado; enunciado cuya ausencia mostraría un más allá de sí mismo, indeterminado en apariencia, no obstante fatalmente dirigido a plantearse en los términos de una paradoja que marca, ante la ausencia de lo valioso, asimismo, la ausencia de límites.

Y pienso que mi hermano empezó a beber de adolescente, en parques y jardines, junto a compañías tan malas como lo era él para sus acompañantes porque necesitaba ver doble, escuchar voces como hacen los borrachos en las películas, en las novelas, en las series de televisión que él veía solo por las tardes, en el televisor pequeño de la cocina cuando en las cocinas había televisores supletorios igual que de la pared colgaba un teléfono supletorio. Mi hermano buscaba ver doble y oír voces cuando llegara a casa y nadie le hiciera ni puto caso porque a mi madre le molestaba que entrara en el salón con las zapatillas llenas de tierra para interrumpir el sólido romance que mamá mantenía con los programas vespertinos de testimonios, con Terelu en *Con T de tarde* o lo que fuera que estuviese viendo en el televisor grande del salón al tiempo que fumaba sus Winston y resolvía autodefinidos o hacía ganchillo. Mi hermano adolescente, al revés que yo, no bebía para empaparse de valor y declarar su amor imposible; mi hermano pequeño se emborrachaba para fantasear con lo contrario, con que no estaba solo y alguien le hablaba en casa. También al revés que mi amiga L.

*Te acompañan las barras de los bares*
*últimos de la noche, los chulos, las*
*floristas,*
*las calles muertas de la madrugada*
*y los ascensores de luz amarilla*
*cuando llegas, borracho,*
*y te paras a verte en el espejo*
*la cara destruida,*
*con ojos todavía violentos*
*que no quieres cerrar. Y si te increpo,*
*te ríes, me recuerdas el pasado*
*y dices que envejezco.*

JAIME GIL DE BIEDMA,
«Contra Jaime Gil de Biedma»

Conocí a J.Q. cuando estaba terminando mi primera relación de pareja, un despropósito que había durado siete años, seis de

convivencia; cinco más de lo que hubiera estado bien para archivar un buen recordatorio de lo que nunca más, ya no, mira, así no, durante los que no dormimos juntos ni una noche porque él tenía un sueño muy ligero y jamás escuché «te quiero» por mucho que se lo pidiera. Suerte que un día fui yo quien le dijo «ya no te quiero», y era verdad, tanto como que las caderas no mienten y una loba como yo no estaba *pa* tipos como él. Pocos días después de mi «ya no te quiero», J.Q. y yo nos conocimos en persona tras un par de semanas de intercambio de mensajes de alta comedia donde los correos electrónicos y los SMS sustituyeron a los clásicos teléfonos blancos de vodevil. Quedamos para comer y nos bebimos unas cuantas cervezas y una botella de vino tinto entre los dos. Después de esa comida, ambos volvimos a trabajar a nuestras respectivas oficinas un pelín perjudicadas y sintiéndonos Liz Taylor y Liza Minnelli tras un almuerzo en La Côte Basque[4] del que hubiéramos salido condenadas a trabajos forzados en la tediosa vida laboral vespertina de clase obrera. Durante esos siete años de noviazgo mediocre previos a J.Q. pasé del intento de salvar de la tristeza al hombre-pequeño-infame (así le acabamos llamando mis amigas y yo) a tratar de escapar de la melancolía que me generaba mi fracaso como animador sentimental a través de una eficaz y nada innovadora combinación de adicciones: trabajo, alcohol y sexo extradomiciliario.

–Javier, voy a hablar un poco de mi vida en esos años y después vuelvo contigo, ¿te importa?

–¡Qué pesadito te pones con el *revival* sufridora, Robertito!

–¡Hay champán en la nevera!

–Pero yo te quiero mucho…

–Pon música, que no quiero que me oigas y me juzgues.

–¡Yo no juzgo, yo condeno… Ay, este disco me chifla! ¡No sabía que tenías este disco! ¡Me encanta!

***POWER CD MODE EJECT CD EJECT PLAY***

> *La primera pregunta es: ¿qué es más macho*, pineapple *o* knife*?*
> Well, let's see.
> My guess is that a pineapple is more *macho* than a knife.
> *¡Sí! ¡Correcto!*
> Pineapple *es más macho que* knife.
> *La segunda pregunta es: ¿qué es más macho*, lightbulb *o* schoolbus*?*
> *Uh, ¿*lightbulb*?*
> *¡No! Lo siento*,
> schoolbus *es más macho que* lightbulb*. Gracias*.
>
> LAURIE ANDERSON,
> «Smoke Rings»

Mi vida en esos años. Trabajaba a destajo para una «puntocom»

multinacional, me esforzaba en ser un trabajador excesivo, hiperventilado, turboeficiente, un empleado muy macho aun con pluma para así demostrar y demostrarme que lo maricón no quita las malas mañas de la masculinidad tóxica aprendida aunque fuera a hostias, como fue en mi caso. También me emborrachaba así, como se emborrachan los tíos, los hombres de verdad, como se emborrachaban en las cervezas de los viernes por la tarde –mucho antes de que las denominaran *afterwork* mis compañeras de trabajo, jefas de equipo, que imitaban a esas pioneras del wéstern que necesitaban tumbar a los hombres a tragos en el *saloon* para ganarse su respeto. Tanto ellas como yo jugábamos a los machos apostando nuestros hígados de farol. Cuántas veces, ante un conflicto enquistado con algún compañero de trabajo, un jefe cualquiera nos ofreció su fórmula infalible: «¡Estas broncas se arreglan en cuanto salgáis de copas; una borrachera juntos y ya veréis cómo se suavizan las cosas y se os acaban las tonterías!». Era evidente que aquel jefecillo no había leído a María Moreno, por lo que no era consciente de la posibilidad que esa solución nos regalaba para abandonar esa rueda en la jaula de hámster que hacíamos girar durante tantas horas laborales no pagadas:

> En el bar, en cambio, es posible el olvido de la finitud. Y es un placer cuando el alcohol, al deslizarse por los distintos órganos de la ingestión, limpia y calienta –como si se tratara de un nuevo nacimiento– el interior del cuerpo y, al mismo tiempo, anestesia los efectos del trabajo diario. Al beber se escapa a la red de lo útil dando un sentido jodedor al hecho de alimentar la fuerza de trabajo.[5]

Yo tampoco había leído a María Moreno entonces. Así me iba.

Currar. Beber. Follar. Ser un hombre. Construirse a través de un sobreesfuerzo laboral para el que necesitaba la descompresión de la borrachera en compañía del resto del abnegado regimiento con el que compartir horrores, quejas, chistes de uso privado y una falsa sensación de libertad que no lo era; y no lo era porque en esas cervezas vespertinas de oficina que después se mudaban hasta los bares de noche replicábamos la misma sumisión que nos ataba a la mesa de trabajo. Nos bebíamos nuestro sometimiento en grupo para hacerlo más soportable cuando en realidad la prórroga alcohólica suponía ampliar las horas extras y pagar por ellas. Cuando en realidad nada era personal, y mucho menos político; solo entrechocábamos chascarrillos y lamentos como burbujas de inercia prisioneras. Nunca hablamos de quiénes éramos, sino en quiénes nos convertían ahí dentro. Ya afuera, cuando se disolvía la etílica asamblea nos quedaba un vacío tan solitario y eufórico que yo necesitaba desahogar en saunas con otros desconocidos y dejar que solo hablaran nuestros

cuerpos. Llegar borracho a la sauna me eximía de cualquier culpa. El alcohol como eximente o atenuante. También bebía por eso. Aunque beber para que beber te exima deja de ser eximente según doctrina del Tribunal Supremo:

> La actual regulación del Código Penal contempla como eximente la intoxicación plena por consumo de bebidas alcohólicas, junto a la producida por drogas u otras sustancias que causen efectos análogos, siempre que impida al sujeto comprender la ilicitud del hecho o actuar conforme a esa comprensión, exigiendo además como requisitos que tal estado no haya sido buscado con el propósito de cometer la infracción penal y que no se hubiese previsto o debido prever su comisión.[6]

Si bien lo mío no podía considerarse una infracción penal sino todo lo contrario: una fracción de mi vida envalentonada en alcohol para quitarme las penas de dormir solo cada noche, no escuchar nunca «te quiero» ni sentir que él lo viviera en silencio como su secreto mejor guardado. Llegar borracho a la sauna ayudaba a que todos mis penosos argumentos me eximieran no de la culpa ante la inminente «infidelidad», sino de la posibilidad de tomarme –en serio– la molestia de romper esa relación tan infeliz. Beber para olvidar la responsabilidad, con el entorno y con nuestra mismidad, con la realidad y con nuestras vidas.

> MACDUFF: ¿Qué tres cosas provoca especialmente la bebida?
> PORTERO: Pardiez, señor, rojez de nariz, sueño y meada. Lujuria, señor, la provoca y la desprovoca: provoca el deseo, pero quita la función; así que el mucho beber puede decirse que es perjuro para con la lujuria: la crea y la estropea; la levanta y la derriba; la incita y la desanima; la hace enderezarse y la hace desenderezarse; en conclusión, le hace falsa promesa con un sueño, y cuando la ha engañado, la abandona.[7]

Beber también sirve para eso, Shakespeare mediante; para disponer de una buena póliza de seguro que os proteja el orgullo viril frente a una disfunción eréctil o gatillazo. Que os proteja, a vosotros, porque a mí nunca me hizo falta; ventajas de la sexualidad versátil: si no funciona por delante, lo gozamos por detrás. Pero dejemos de hablar de mí y hablemos de vosotros, cisheteros que empalmáis –con perdón– abundantes ingestas de alcohol con iros después de putas, no porque vuestra lujuria etílica se haga ingobernable, sino porque el miedo a no estar a la altura de las mujeres que ocupan vuestros bares os lleva a buscar la satisfacción del picor en vuestra entrepierna burbujeante en las putas, en aquellas a quienes lleváis siglos relegando a un lugar inferior al vuestro solo para invalidar cualquier juicio suyo que pudiera hacer tambalear vuestras soberbias, también la sexual. Las

putas no juzgan. Las putas no condenan. Las putas cobran por no avergonzaros, por sostener esas fantasías priápicas vuestras que el alcohol inflama aún más para después quedar en un realismo sucio y flácido, «la hace enderezarse y la hace desenderezarse». Y, desgraciadamente, a veces (siempre demasiadas), las putas también reciben vuestras hostias, vuestro maltrato, vuestra violencia rabiosa que se acaba extendiendo al TODASPUTAS, a todos los lugares, a todas las mujeres que hay a vuestro alcance brutal de machos ebrios:

> Lo cierto es que el alcohol inhibe los sistemas de control, pero ¿por qué a las mujeres no nos da por la violencia cuando bebemos? Porque se nos ha impedido, a través del proceso de socialización de género, que accedamos a la violencia. Los hombres se ponen violentos y agreden: a otros hombres y a las mujeres.[8]

*Algunos toman por sed*
*otros por olvidar deudas*
*y yo por ver lagartijas*
*y sapos en las estrellas.*

NICANOR PARRA,
«Coplas del vino»

Después de aquella comida, digna de dos grandes damas de la escena venidas a menos, de «The Ladies Who Lunch»[9] en un restaurante chino de barrio obrero, J.Q. y yo empezamos a vernos casi a diario y a bebernos hasta el agua de los floreros que adornaban vestíbulos de hoteles buenos donde también quisimos celebrar nuestro mutuo descubrimiento, esa euforia amistosa que genera la combinación de licores fuertes con el hallazgo maravillado de tantos referentes comunes: Truman Capote, Dorothy Parker, Fran Lebowitz, Pedro Almodóvar, Anita Loos, Quentin Crisp… Dry martinis y mucha literatura compartida que, seguramente, también se hubiera escrito bajo sus mismos efectos etílicos. El eterno río de la ginebra cuya corriente arrastró los libros que nos acogieron en solitario para después empaparnos por dentro e inflamarnos con las chispas de ingenio que recogíamos del otro sacando solo un poquito la lengua, con ansias de un poquito de calor.

J.Q. y yo nunca fuimos novios, ni amantes, ni nada que hoy pueda escribir aquí con el prefijo «ex-», hoy cuando hará tres años que no nos vemos, no hablamos ni nos escribimos.

J.Q. y yo fuimos un constante emborracharse mientras tanto: mientras nos llegaba un trabajo que nos mereciera, un amor que fuese bueno, una ciudad nueva donde no nos recordasen los fracasos. Gracias a aquellos años con J.Q. hoy entiendo esa forma de beber, de bebérselo todo hasta que nos llegue una vida de verdad, no un sucedáneo ni una simulación. Bebíamos para que la espera se nos

hiciera menos aburrida. Bebíamos para que nos pasaran cosas, para que salir de noche fuera una obra de arte, para rebajar los escrúpulos, hablar con desconocidos –también para que no nos molestara que otros desconocidos nos hablaran–, para perderle el asco al moho negro de las duchas de las saunas, a la coral de ácaros y ladillas que cantaban habaneras desde los matorrales púbicos donde hocicábamos y retozábamos, bebíamos para poder decirnos «¡cuánto bebimos anoche!». Y así no tener que hacer memoria de confidencias, traspasos o traspiés; bebíamos para olvidar o que, al menos, eso pareciera.

Bebíamos como aquellas escritores y escritoras cuyos libros nos habían amamantado durante nuestras adolescencias raras de niños maricas de pueblo, de pequeña ciudad de provincias; bebíamos como ellos, como ellas, porque no podíamos escribir lo suyo; porque escribir lo que nos conformó, lo que nos rescató y nos acabó uniendo hubiera supuesto editar lo que habíamos llegado a ser gracias a sus libros: un par de supervivientes que pudieran no llegar a serlo de habérsela jugado con una reescritura imprecisa. Igual que hay machos letraheridos que piensan que beber como Hemingway, como Scott Fitzgerald o como Conrad los aproximará al enorme talento de sus maestros, nosotros, dúo tragicómico de maricas con ínfulas literarias, jugábamos a lo mismo para acabar siendo nuestra única y mejor obra. Emborracharnos como lo hacíamos era una manera de crear relatos en vivo, poniendo el cuerpo, la voz, la cara y las transaminasas al servicio de la historia que estábamos construyendo y de la que yo fui el único lector de J.Q. De la que J.Q. fue mi único lector. La borrachera como una infalible herramienta de autoficción, como un procesador de textos que quedan flotando en voz alta, altísima literatura sin cuajar sobre un papel.

> Nos falta un dios. Nada se puede hacer para evitar este vacío que se descubre un día en la adolescencia. El alcohol se ha hecho para soportar el vacío del Universo, el balanceo de los planetas, su rotación imperturbable en el espacio y su silenciosa indiferencia ante nuestro dolor. El hombre que bebe es un hombre interplanetario. Se mueve en un espacio interplanetario. Es allí donde permanece al acecho. El alcohol no consuela en ninguna circunstancia, ni amuebla los espacios psicológicos del individuo, sólo sustituye la carencia de Dios. No consuela al hombre. Al contrario, el alcohol afianza al hombre en su locura y lo transporta a las regiones soberanas donde es dueño de su destino. Ningún ser humano, ninguna mujer, ningún poema, ninguna música, ninguna literatura ni ninguna pintura puede sustituir esta función del alcohol en el hombre, la ilusión de la creación capital. Está ahí para remplazarla. Y lo hace en toda una parte del mundo que habría debido creer en Dios y que ya no cree en él. El alcohol es estéril. Las palabras del hombre dichas en la noche de la borrachera se desvanecen con ella tan pronto como llega el día. La ebriedad no crea nada, no va con las palabras, ofusca la inteligencia y la relaja. He

hablado bajo los efectos del alcohol. La ilusión es total: lo que uno dice, nadie lo ha dicho aún. Pero el alcohol no crea nada perdurable. Se lo lleva el viento. Como las palabras.[10]

¿Y si bebimos como lo hicimos para no arriesgarnos a hacer algo de verdad y que nos volviera a salir fatal? ¿Y si también bebiéramos para eso, para dejar la vida en borrador? ¿Y si Escarlata O'Hara hubiera estado dándole al whisky a escondidas antes de su última gran frase: «Ahora no puedo pensar en ello. Me volvería loca si lo hiciera. Ya lo pensaré mañana»?

Beber para emborronar. Emborracharse es emborronarse; difuminarse de manera sucia.

Me pregunto qué nos diríamos J.Q. y yo si algún día nos volviésemos a encontrar, si nos diésemos la oportunidad de bebernos unos cuantos cócteles, ¿de qué hablaríamos? ¿Funcionarían los dry martinis como llaves líquidas de acceso a un túnel del tiempo que nos llevara a un pasado ya imposible de replicar por tantas razones, tantos cambios que impiden el regreso a quienes fuimos? Seguramente nos quedaríamos, copas en mano, a medio camino, a oscuras; y hasta es probable que en esa fantasía del reencuentro te cantara –irónico y desafinado– mi tango favorito:

*Rara, como encendida,*
*te hallé bebiendo, linda y fatal.*
*Bebías, y en el fragor del champán*
*loca reías, por no llorar.*
*pena me dio encontrarte*
*pues al mirarte yo vi brillar*
*tus ojos, con un eléctrico ardor,*
*tus bellos ojos que tanto adoré.*
*Esta noche, amiga mía,*
*el alcohol nos ha embriagado.*
*Qué me importa que se rían*
*y nos llamen los mareados.*
*Cada cual tiene sus penas*
*y nosotros las tenemos.*
*Esta noche beberemos*
*porque ya no volveremos*
*a vernos más.*
*Hoy vas a entrar en mi pasado,*
*en el pasado de mi vida.*
*Tres cosas lleva mi alma herida:*
*amor, pesar y dolor.*
*Hoy vas a entrar en mi pasado.*
*Hoy nuevas sendas tomaremos.*
*¡Qué grande ha sido nuestro amor!*
*Y, sin embargo, ¡ay!*

*Mirá lo que quedó.*[11]

Descubrí «Los mareados» gracias a un terapeuta argentino con quien me traté durante casi cuatro años. Una tarde, nada más sentarme frente a él en su consulta, me preguntó lo mismo que en cada inicio de sesión: «¿Cómo estás?». Yo le respondí: «Rara». Entonces empezó a cantarme ese tango: «Rara, como encendida…»; después de la primera estrofa paró y me miró en silencio. Yo había empezado a llorar. Me estaba gustando tanto que le pedí que no parara, que siguiese, que me lo cantara entero, por favor, hasta el final: «Y, sin embargo, ¡ay! / Mirá lo que quedó». Seguí llorando un rato más. Era la primera vez, después de meses de tratamiento, que me emocionaba así. La primera vez que lloraba desde que me planté una tarde en su consulta por mediación de una amiga y le dije que había recurrido a él porque temía haber perdido la capacidad de sentir. Él me lo recordó en ese momento y nos empezamos a reír y a tratar de averiguar juntos las razones por las que esa vieja canción me conmovía. Por qué, después de llevar semanas hablando de mis terribles relaciones familiares, mi frustración profesional, mis miedos, mis fracasos sexuales y el erial sentimental que habitaba, había sido un tango lo que me había salvado de mi condición de cíborg hiperracional sin sentimientos.

Lloraba, lloré, porque llegamos a la conclusión de que cuando le pedí a V. que me ayudara a volver a sentir me faltó decirle que necesitaba volver a sentir SOBRIO. Porque mis borracheras eran un festival de hiperestesia, de emotividad desbordada. Porque borracho entre los míos me inundaba de un amor que yo devolvía en riego por aspersión entre quienes bailaban cerca de mí, mis amigas, mis amigos. Y ese era el único amor que creía merecer, poder dar y recibir, un amor difuso y colectivo al que a veces creía estar condenado y al que, otras veces, me aferraba como única vía de salvación. Un amor siempre alcoholizado. Beber para sentir y servir una ronda de chupitos de afecto comunitario. Emborracharse para imponer el comunismo sentimental y socializar los medios de producción amorosa.

> Puede que fuera la timidez lo que me llevó a beber para intentar vencerla, pero no todas las personas tímidas acaban intentando destruirse bebiendo. Puede que viniera arrastrando los males del pasado desde mi infancia, o puede que estos hubieran surgido en la adolescencia. Puede que las sucesivas rupturas sentimentales y desengaños, o no querer transigir con una existencia mediocre, me hubieran llevado a beber más de la cuenta. [12]

Sobremesa en casa con amigos. Les cuento que ando escribiendo este breve ensayo acerca de los motivos que nos llevan al alcoholismo

lúdico y social, a cocernos como piojos, a chuzarnos como botas, a ponernos «lacasitos», COMO LAS GRECAS. Les encanta el título. Aprovecho la ocasión, su generosidad y su entusiasmo para pedirles que me cuenten por qué han bebido de más, hasta caer derrumbados, por qué lo hacen, si es que lo siguen haciendo. Nos rellenamos las copas de vino, empezamos a charlar y les pido permiso para grabar la conversación y transcribirla aquí. Acceden. Gracias, amigos.

A.: Yo, hasta caerme derrumbado, nunca, no lo he hecho nunca. Pero cuando era más joven y empezaba a salir solo…

B.: ¿A bares de hombres nocturnos?

A.: … a bares de hombres nocturnos, yo pensaba que necesitaba beber para vencer la timidez y poder llegar a relacionarme con alguien o atreverme a dirigirle la palabra a alguien porque, si no, me daba mucha vergüenza.

B.: ¿Y funcionaba?

A.: No, no funcionaba porque yo pensaba que las cosas tenían que ser de otra manera, que como yo era joven la gente tenía que venir a hablarme y a darme pie…, y no sabía que la técnica de ligue era diferente; que tenía que mirar y atacar un poco.[13] Tardé muchos años en aprender los códigos de relacionarte en bares y ligar, y todo eso.

B.: ¿Y eso ya lo aprendiste sobrio?

A.: Sí, y no lo aprendí en los bares, lo aprendí en la calle, en la vida… Pero sí, yo bebía por eso; para vencer el miedo, la inseguridad y porque pensaba que era lo que tenía que hacer, que en los bares se bebía.[14]

P.: Yo he hecho tantas cosas en mi vida por pertenecer al grupo… Yo no bebía, yo salía con los amigos y me pedía un refresco. Y me di cuenta de que si no bebía estaba fuera.

A.: Eras como el aburrido del grupo.

P.: Sí, me di cuenta de que había un código de «los guays beben» y cuando no bebías o pedías algo sin alcohol…

J.: Te preguntan si estás enfermo. A mí me ha pasado; llegar a un sitio donde todo el mundo está tomando cerveza, pedir un agua con gas y que me pregunten si estoy enfermo.

A.: Eso pasa con la bebida y, cuando te haces mayor y vas con otros grupos, te pasa con la cocaína, que todo el mundo se va al lavabo, sale, se lo pasa muy bien, se ríe mucho… Tú no has querido ir al lavabo y, de repente, estás en otra órbita.

P.: Pero puede haber alguien que entienda que no quieras meterte una raya de cocaína, es fácil encontrar a alguien que lo entienda; ahora, que no quieras tomarte una cerveza, no lo entienden. Incluso hay una presión social para que lo hagas, y yo empecé a beber de una

manera muy tonta: como no me gustaba –el whisky no me gustaba, la ginebra no me gustaba, el ron no me gustaba– empecé a pedirme martinis, no un dry martini, un martini de…

B.: ¡Martini Bianco!

P.: ¡De Martini Bianco! Cuando yo les decía a mis amigos «a mí un martini», ellos me decían «yo eso no lo pido».

B.: ¿Porque era de chicas?

P.: ¡Porque era ridículo!

A.: Un martini es fuera de horas, fuera de sitio.

J.: Los martinis se tomaban con limón y con lima. Yo lo he tomado de jovencito…

P.: Yo tenía muy mala resaca.

A.: Yo también, el día siguiente lo desaprovechaba completamente, mis resacas eran horrorosas.

P.: Yo fui consciente de que bebía por pertenecer al grupo, y eso lo he hecho con muchas cosas en la vida. Posiblemente con la raya de coca hice exactamente lo mismo. He aceptado ir a locales o reír gracias que no eran graciosas por formar parte del grupo, que es algo que por suerte con los años voy controlando.

A.: Con los años aprendes que hay otros grupos donde estás más a gusto.

J.: Yo abro un hilo a raíz de ahí. Esos momentos en los que tú has bebido por pertenecer al grupo, y es innegable que a veces se crea una energía de grupo cuando todo el mundo ha bebido un poco y es muy divertido, te crees el rey del mundo, eso nos ha pasado a todos.

A.: Sí, y que todos tus amigos de esa noche son amigos para siempre.

J.: No solo bebemos por ser parte del grupo. También bebemos muchas veces por buscar esa sensación, cuando te desinhibes, estás más ocurrente –o tú lo piensas así– y tú te crees que bailas muy bien, y tú te crees que cantas muy bien, te crees que sois un grupo de personas superguapas. De alguna forma, cuando bebes en grupo te inventas otra realidad.

P.: Para mí no deja de ser lo mismo. Tú ves cómo está el grupo, la hermandad que hay de repente entre todos los que han bebido y tú quieres pertenecer a ese grupo. ¿Qué hay que hacer? ¿Hay que beber? Yo incluso he llegado a fingir que estaba más borracho de lo que estaba para seguir el juego del grupo, «es que estoy superborracho y voy a hacer esta barbaridad», y hacía la barbaridad sabiendo que era una barbaridad, y si eso salía mal tenía el salvoconducto de «es que bebí», y me atrevía a entrarle a tíos que de otra manera no les hubiese entrado. Y si eso salía mal…

A.: Les entrabas a tíos porque estabas desinhibido y «fíjate, me ha salido bien». Pero luego ibas a follar con ellos y estabas tan borracho

que era un desastre la «performance».

P.: A mí, como siempre me salía mal, no tenía ningún problema. Yo he sido muy rechazado.

A.: Yo he llegado a ligar con tíos que llegas a su casa y dices «perdona, tengo que ir al lavabo a vomitar», y no te apetece hacer nada.

P.: Yo creo que tengo una gastritis crónica que ahora ya cuando bebo un poco más de vino…

A.: Vives las secuelas.

P.: … un poco más de cerveza, me encuentro físicamente mal. Ya bebo muy poquito.

J.: El cuerpo no tolera igual de bien el alcohol ahora que hace veinte años.

A.: Yo tengo que decir que solo bebo cuando vengo a esta casa.[15]

P.: Jajaja. ¡Esto ponlo en el libro!

J.: ¿Qué dice el polígrafo?

P.: ¿Esto puedes ponerlo, por favor, en el ensayo? ¡Nota a pie de página, nota de la autora![16]

B.: Explícate, por favor, desarróllalo.

A.: Sí que bebo en otros sitios.

B.: Aaah.

A.: Si voy a cenar a una pizzería, pues me pido una cerveza, pero yo no pido nunca vino, en casa no bebo nada de alcohol, tengo alcohol, tengo cervezas en la nevera por si vienen invitados, pero nunca me acuerdo ni me apetece beberme una cerveza en casa. Vengo aquí y me siento muy a gusto, tú tienes buenos vinos, nos sirve para prolongar las veladas, para estar ahora charlando de todas estas cosas… Aquí sí que me apetece beber.

P.: Pero ¿por qué asociamos esos momentos de placer y de amistad y de buen rollo con el alcohol? ¿Por qué no podríamos tener esta conversación con un vaso de agua?

A.: Nosotros la estaríamos teniendo igualmente.

B.: Vosotros no estáis bebiendo y nosotros nos hemos tomado, comiendo, una copa de vino cada uno, tampoco es que nos estemos poniendo como Las Grecas…

P.: Esa idea que tenemos de buena velada siempre incluye una copa de vino. En esa composición del retrato hay una copa de vino.

B.: Pero sí hay algo de lo que hablo en el ensayo y es que beber tiene una cosa muy interesante y es que nos ancla al presente. Beber alcohol, incluso cuando bebes en exceso, genera la sensación de «no hay futuro», estoy viviendo el momento de un modo muy intenso. De hecho, es una forma de defenderse de la resaca. Sabemos que al día siguiente vamos a estar como unos zorros, pero en ese momento… Es lo que decía antes J. Yo justo acabo de escribir sobre eso, sobre la

«comunidad emocional» que genera el alcohol. La sensación de estar viviendo todos juntos algo único en el momento. Yo me acuerdo de cuando salía, de joven, y una amiga –muy borracha también– siempre decía: «Salir por la noche tiene que ser una obra de arte».

J.: De alguna forma, el alcohol te saca de tu mierdecita del día a día. Te enfoca mucho en el aquí y en el ahora.

P.: Estamos hablando del alcohol utilizado de una manera lúdica.

B.: Sí, sí, no hablo de alcoholismo. No hablo de alguien que bebe a solas en su casa, a escondidas, porque eso ya es otro problema del que no me siento capacitado para escribir.

P.: Tú cuando has bebido mucho en la vida, ¿por qué lo has hecho?

A.: ¿Tú crees que tienes tantos hijos a consecuencia del alcohol?

[Risas].

R.: No.

B.: Cuando has bebido mucho, ¿por qué lo has hecho?

R.: Porque yo no bebo y quería tomar, y, si yo tomo hoy en día, tomo cuatro o cinco días y ya no vuelvo a tomar más.

B.: Cuando tomas así, ¿por qué lo haces?

R.: Porque he visto en otras personas que lo toman, lo disfrutan y yo también voy a probarlo.

B.: ¿Y lo disfrutas?

R.: La verdad, no. Porque después quedo con dolor de cabeza. Ese momento lo disfruto, como estoy mareado…

A.: ¿Tú lo haces porque imitas a los demás, porque piensas que es guay?

R.: Sí.

B.: Pero ¿ese momento mareado te hace sentir bien, te olvidas de los problemas?

R.: ¡Al contrario! De más problemas me acuerdo ahí…

A.: Hay gente que tiene borracheras de llorera y de drama.

P.: Es interesante también cómo exteriorizas esa cantidad de alcohol; a los que les da por hablar, a los que les da por llorar…

A.: Ya. Tengo una experiencia personal con mi primera pareja, a quien yo conocí con dieciocho o diecinueve años, estuvimos once años juntos. Al principio todo era muy divertido, todo muy estupendo, pero acabó convertido en un alcohólico crónico, violento, desagradable, que cada vez que salíamos y llevaba tres copas era, bueno…, humillaba a todo el mundo, atacaba a todo el mundo, agresividad, violencia, e incluso nos habíamos pegado en público…

J.: Ahí ya hay alcoholismo…

R.: Cuando yo tomo me pongo más cariñoso. Me pongo mucho más cariñoso, en todos los aspectos.

[Risas].

B.: A lo mejor tomas para poder ser más cariñoso, porque en el día a

día…

R.: No, porque, cómo decirte, no conozco el amor yo. Aunque cuando te quieres declarar no es necesario emborracharse. En mi punto, cuando alguien me gusta, yo de frente lo digo y, si pasa algo, que pase. Toda mi vida he sido así, siempre he sido muy impulsivo. Eso depende de cómo te has criado; yo me he criado solo, siempre he dependido de mí mismo y siempre he enfrentado la vida solo. Yo nunca he necesitado emborracharme para declararme a alguien.

B.: Tú, J., tú, ¿habitualmente sales de cañas y hay un momento en el que te das cuenta de que se te ha ido un poquito la mano?

J.: Últimamente no. Pero sí que a lo largo de mi vida he bebido mucho.

B.: «Últimamente no». Eso me parece importante, ¿tiene algo que ver con estar en pareja últimamente?

J.: Yo creo que en parte sí, sí. Siendo honesto, la estabilidad que te da estar con una pareja, salvo que esa pareja beba mucho, claro…

A.: O que te dé muy mala vida…

J.: Al final, la forma de socializar que creo que tenemos en España con amigos es salir a beber. Por eso, cuando estás en pareja eso dejas de hacerlo tanto.

B.: Tampoco necesitas la evasión que te proporciona el alcohol.

J.: Claro, porque tú también con tu pareja buscas tus espacios y no van asociados a beber…

R.: Yo no tomo, le vuelvo a repetir, pero si empiezo a tomar tengo que tomar hasta quedarme en el piso.

B.: ¿Por qué?

R.: Porque ya lo probé y no lo quiero dejar, ya me salió gustando. Y ahora otra cosa: nunca me gusta tomar con mi pareja. Jamás.

B.: ¿Por si se te suelta la lengua?

R.: No, porque me vuelvo más cariñoso y mejor guardar las distancias, mejor es así.

J.: Yo tuve una pareja que bebía muchísimo y llegó un momento en que me fui saliendo de ahí, al principio era muy guay salir de cervezas hasta que llegó un momento en que no quería estar ahí. No asociaba la idea de pareja a beber tanto para estar en casa viendo una película. O nos íbamos a echar el día a la sierra y se cargaba unas mochilas de cerveza que yo no entendía el concepto de salir a la sierra o al pantano a echar un día de campo y tener que beber tanto. Sí que me reafirmo en decir que cuando estás con la pareja bebes menos y cuando no estás en pareja, si sales con amigotes, bebes más.

R.: En el caso de mi pareja, cuando toma se aloca, quiere agarrarse a todo el mundo.

P.: Hay un nivel de tolerancia cuando está el alcohol entre medias que, si no está, no van a tener contigo. Es como Las Vegas…

B.: … lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas. Lo que pasa en la borrachera se queda en la borrachera.

R.: Pero ¿al día siguiente cómo quedas? Con dolor de cabeza…

P.: Pero en ese momento es un poco lo que contaba B. En ese momento tú no piensas en el mañana, con el alcohol piensas en el ahora.

B.: Y la resaca es el mañana literal, si no piensas en el mañana-mañana no vas a pensar en «me pueden despedir del curro, tengo una situación precaria…».

R.: No se importa nada.

B.: ¡No importa nada! Y eso es parte del atractivo de esa forma de beber, que parece una liberación aunque no lo sea.

A.: Voy a introducir anécdota. La última vez que yo me emborraché en serio fue con un señor con quien había quedado en una discoteca, este señor era relaciones públicas, me dio plantón, llegó bastante tarde, y me dijo: «Perdona el retraso, pero es que Bárbara Rey estaba tan divertida que no me podía ir».

[Risas, aplausos y vítores].

P.: Es muy curioso cómo el alcohol está directamente ligado a la idea de disfrute.

B.: Porque es el abandono, es que tiene que ver con la necesidad de abandonarse; es que además el alcohol es previo al descubrimiento del sexo. Una vez que descubres el sexo como abandono absoluto, el alcohol pasa a un segundo plano. Muchas veces, el alcohol es un sustituto del sexo, ¡qué coño el chocolate! Al final es ese proceso de no estar en la realidad, salirte.

[…]

Yo soy de tomarme uno o dos buenos whiskies al día. Sola o acompañada, me gusta. Mis amigos y yo los llamamos «paliativos»: «Vamos a tomarnos unos paliativos, que está el mundo…». Nos gusta, somos de aquella generación que bebía y que no deja de beber.

Maruja Torres[17]

> Mi primera borrachera fue a los catorce años cuando murió mi madre, para meter el dolor en hielo y anestesiarlo. Preferí ahogarme en alcohol a que la vida me ahogara, preferí nadar en mares de alcohol a inundarme hasta el cuello de llanto como Alicia. Y el duelo se fue a la deriva. Y vino flotando la aceptación social del grupo de pares. Yo bebía aunque tuviera que echarle chorretones de licor de mora o cualquier mierda dulce para tapar el sabor a Nenuco. Las quedadas sólo eran para salir y cambiar el riego sanguíneo por alcohol, moneda de cambio para ser aceptada […].[18]

Ignoro si a cada dolor particular le corresponde una borrachera diferente, si cada dolencia se liquida con su propia melopea, si hay dramas que exigen una intoxicación etílica continuada, o si beber de más no es sino una terapia más genérica, una forma de aliviar el

escozor de la gran llaga abierta, ese magma hirviente que recubrimos con piel. No recuerdo haber anestesiado penas precisas en alcohol. Otra cosa es que las haya evitado con embriagueces preventivas que me salvaron de empezar con buen pie cualquier posibilidad de un amor deslumbrante que acabaría en desilusión, proyectos laborales emocionantes que terminarían en rutina tediosa o, simplemente, una vida mejor. Durante mucho tiempo bebí para no estar en condiciones, para dispersar buenos augurios y evitar comprometerme. Para poner la venda antes que la herida. Para difuminarme de manera sucia y saber, querer estar seguro, de que ya no habría manera de pasar a limpio esa primera página llena de tachones. Beber y así ponerle combustible al «autoboicot». O a algo muchísimo peor:

«Cuanto más bebo, más lo siento. Es para sentir y sufrir más por lo que me entrego a la bebida; ¡bebo porque quiero sufrir doblemente!», se lamenta Marmeladoff en *Crimen y castigo* y abre una nueva posibilidad de respuesta a por qué nos ponemos como nos ponemos y «si ya saben cómo me pongo, ¿pa' qué me invitan?». Sin embargo, aparentemente, funcionamos a la inversa; cuanto más bebemos, más se aleja aquello que nos angustia; cuanto más vaciamos la botella, más la vemos medio llena, y el resto, alrededor, nos ayuda a aliviar la presión, a rebajar la alerta y el miedo, porque preocuparse tanto no sirve de nada, mejor relajarse un poco, tomarse la penúltima en este bar y buscar otro del que no nos vayan a echar tan temprano. Hasta que un golpe de viento o un taxi que pasa veloz y ocupado disipa la niebla protectora y nos devuelve al punto de partida previo, a ese puntito donde hubiéramos querido permanecer, fantasear con un mapa donde ese puntito apareciera acompañado de la leyenda USTED ESTÁ AQUÍ. Ya no estamos allí, hemos vuelto al lugar del que escapábamos y lo hemos hecho en peores condiciones:

> Bebía para ahogar mis penas, hasta que mis penas aprendieron a nadar. Llegó un punto en que me di cuenta de que la mañana siguiente no solo estaba igual de desesperado que la víspera, sino que encima estaba cada vez más enfermo.[19]

Entonces ¿por qué lo volvemos a hacer si ya conocemos las consecuencias? Porque olvidamos esas consecuencias, porque el proceso de la borrachera es un arma descargada de futuro, un oasis de presente absoluto, de presente perfecto sin opciones de mañana. La ebriedad nos ancla al suelo, nos clava –aunque inestables– en un ahora, primero eufórico y después alargado, ralentizado, una distorsión del ahora como espacio seguro donde es imposible que vayan a verse en el horizonte los heraldos negros. Beber nos convierte en verticales y nos borra cualquier otra perspectiva; somos nuestro

propio punto de fuga hasta que no queda otro remedio que detenerse antes de que el cuerpo nos tumbe y de ese modo abrupto recuperemos esa horizontalidad sobre la que se van acercando a galope las incertidumbres que logramos detener a sorbos, a tragos, como sea.

> El alcohol es una sustancia depresora, similar a un ansiolítico. Aunque la primera sensación es estimulante, te deprime el sistema nervioso central y eso te acaba relajando. En esta época de estrés, buscamos sensaciones que nos evadan y nos desconecten de la realidad. […] El individualismo es insoportable y lo intentamos enmascarar con un gran consumo de cosas diversas. Aunque el vínculo con las relaciones personales es insustituible, buscamos otras que nos generen sensaciones similares. Y el alcohol es uno de los grandes productos de este hiperconsumo.[20]

*Bebo porque la gente no me gusta,*
*porque a la gente la quiero demasiado;*
*las cosas cambian y el ímpetu se enferma,*
*sé lo que dan de sí los hombres;*
*sé que hay pocos que prestarían sangre,*
*sé que hay muchos que me encarcelarían.*
*Bebo para olvidar que estoy bebiendo.*
*Porque la noche es larga y tiene seres,*
*la vida es corta en cambio y tiene prisa,*
*la alcoba es grande y el sereno es bizco*
*y un chinche flaco trepa por el techo.*
*Bebo para acordarme de estas cosas.*
*Bebo para olvidar que estoy bebiendo.*

GLORIA FUERTES ,
«Versos que escribí dormida»

Decidimos celebrar nuestro primer aniversario de boda con una gran fiesta en Madrid. Un año después de habernos casado en Barcelona, de haber celebrado allí la legalización de lo nuestro con decenas de amigas y amigos, quisimos seguir celebrándonos en la ciudad que había sido la mía hasta que conocí a Mauricio y me mudé a Barcelona para ser felices juntos. Una fiesta en Madrid para recordarnos que seguíamos en amor pese a haberlo institucionalizado a lo burgués. Un fiestón, también, para agradecer a mis colegas de *Público* lo bien que me acogieron durante los meses que había pasado en su sede madrileña mientras poníamos el periódico en marcha, para agasajar a los amigos que me acogieron en sus casas, me sacaron a cenar, a emborracharme, a hacerme más leve la lejanía de Mauricio, entonces ya Maridito en la distancia de Puente Aéreo. Un animadísimo cóctel con aperitivos, platillos deliciosos, barra libre, quinteto de jazz en directo y un maestro coctelero. Una juerga. Mi última gran juerga etílica. Una despedida por todo lo alto.

Yo no lo recuerdo pero alguien los contó. Diecisiete dry martinis. En apenas cuatro horas. Diecisiete. Uno detrás de otro y todos dentro de

mí.

¿Por qué lo hice?

UNO. Porque me ponía muy nervioso montar un sarao y me intentaba relajar dándome a la bebida. Porque mi inseguridad me hacía temer que no viniera la gente, o no se lo pasara bien o la mezcla de amigas y amigos fuera un desastre y no se mezclaran o, si lo hacían, se odiaran.

DOS. Porque me encanta el sabor del dry martini bien hecho y bien frío.

TRES. Porque J.Q. estaba en esa fiesta y quería demostrarle que el matrimonio no me había convertido en ese señor aburrido que él me reprochaba ser entonces.

CUATRO. Porque temía que J.Q. tuviera razón y el matrimonio me hubiera convertido en un tipo aburrido. Y los tipos aburridos no son capaces de beberse diecisiete martinis en una noche.

CINCO. Porque Maridito estaba a mi lado y nada malo me podía suceder.

SEIS. Porque esa vida, esas fiestas, esos encuentros ya se nos habían terminado y ese fin se merecía aquel cierre épico, una borrachera memorable.

SIETE. Porque los nervios me secan la boca y me dan sed.

OCHO. Porque al día siguiente volveríamos a Barcelona y mi vida volvería a reducirse a trabajar durante doce horas frente al ordenador, leer, escribir y dormir abrazado a Maridito.

NUEVE. Porque tenían que saber que, igual que era capaz de trabajar como un bestia, también estaba capacitado para beber como tal.

DIEZ. Porque no quería salir de ese momento, de ese espacio acolchado de amores y amistades, porque siempre bebí para detener todo lo que se escapa para después perderse y desaparecer.

ONCE. Porque había que amortizar esa barra libre.

DOCE. Porque, sin saberlo aunque intuyéndolo, estaba fabricando el recuerdo borroso de una de esas últimas veces, que tan a menudo nos suelen pasar desapercibidas, tanto mientras suceden como en nuestra memoria sin fondo ni orden.

TRECE. Porque el quinteto de jazz tocó «Los mareados» para mí.

CATORCE. Porque quise saber cuánto podría aguantar, qué cantidad de alcohol era capaz de tragar antes de caerme o cagarme encima, a la noruega.

QUINCE. Porque no creía merecer tal cantidad de amor como la que estaba recibiendo en esa fiesta y tanto alcohol me hacía menos amable, me acababa dando la razón. Usamos tantas veces la bebida para permitirnos ser crueles que emborracharse constituye un acto de previolencia, un ajustarse a los nudillos el puño americano, meter el

bate de béisbol en la mochila o cargar el arma de fuego. Porque sí, también bebemos para acertar en nuestra percepción de ser lo peor y contribuir a la profecía autocumplida.

DIECISÉIS. Porque sí.

DIECISIETE. Porque ¿por qué no?

¿Por qué no, Mauricio, amor?

Mi relación con el alcohol ha sido como la de algunos niños y perros que se ignoran mutuamente. En contadísimas ocasiones nos hemos cruzado, solo cuando era ya inevitable.

En la adolescencia, cuando el alcohol era el fluido iniciático, lo ignoré por dos razones. La primera, la argumentada y blandida a viva voz en tabernas y chuzos mientras huía, era el imperativo de hombre de montaña. Ese hombre, o remedo de hombre, que pulía su físico para retar a la naturaleza y a la fuerza de gravedad en riscos y cumbres nevadas, solo con un propósito: la pureza espiritual. El alcohol y el tabaco representaban entonces una merma de mis capacidades físicas, de mi responsabilidad con la vida de mis compañeros de cordada.

La segunda razón, que seguramente fue la primigenia, tenía que ver con mi caja fuerte, porque yo no tenía armario, ¡qué digo!, ni caja fuerte siquiera; tenía una bóveda de alta seguridad en los sótanos de una entidad bancaria. Y cuando el alcohol representaba para otros la promesa de la desinhibición sexual para mí suponía la manifestación del riesgo de caer en el abismo de la vergüenza y el ostracismo. Todo por lo que, en términos más prosaicos, se conoce en Colombia como «mojar la canoa».[21]

En toda la adolescencia solo recuerdo haber perdido la medida una vez a la salida del colegio. Una vez en dos o tres años, una vez de más de cien. Cuando los lunes mis compañeros de colegio describían sus fines de semana con «¡qué pea[22], marica!». Y la adjetivaban con la cantidad de botellas de guaro[23] yo solo anteponía horas de camino, lagunas, águilas y frailejones.

Llegado el primer amor, ya éramos dos en esa bóveda y el páramo andino fue cómplice de nuestro *Brokeback Mountain* particular. Pero, de regreso a la ciudad, el alcohol pasó a ser la excusa que necesitaba él para desinhibirse lejos de bosques de niebla y frío atardeceres. A mí el whisky apenas me rozaba.

No fue hasta que encontré el amor definitivo[24] que el alcohol entró en mi vida, y lo hizo poco a poco, imitando a *Días de vino y rosas*. Y tengo que decir que fue bonito mientras duró. Un mediodía ingresé en urgencias con un preinfarto y a la mañana siguiente el médico dictaminó que lo nuestro no podía ser; que si quería seguir viviendo con quien amo me tenía que olvidar del azúcar y del alcohol. El gustillo que le había tomado al vino, al ron y al champán pasó a ser un recuerdo. De vez en cuando mojo los labios en champán o, tras siete años de dieta estricta, le doy un mordisco a un pastel. Esos son los únicos excesos que me permito; no quiero poner en riesgo los días de amor que nos quedan.[25]

*Bebe y baila y ríe y miente*
*ama toda la tumultuosa noche*
*¡Porque mañana habremos de morir!*
*Aunque, ay, luego nunca ocurra.*

Aunque me habían diagnosticado la esclerosis múltiple a los veinte años, no fue hasta hace cuatro o cinco que la enfermedad, la degeneración y la discapacidad progresiva llegaron a mi vida como una ola de fuerza desmedida, de espuma blanca y rumor de caracolas, como una ola. Lo más grande. Una mierda como un piano de cola que me acompañara mientras desgarro a conciencia mi peor versión de la Jurado. Beber, desde entonces, se ha convertido en otra cosa, ha dado con otras razones, nuevos efectos indeseables y una prevención inesperada.

Desplazarse en silla de ruedas supone dejar de frecuentar tascas, baretos o bodegas con solera, encanto, precios razonables y escasez de pretensiones. Emborracharse en silla de ruedas no solo es mucho más incómodo –aunque uno cuente con asiento reservado en propiedad–, sino que, además, sale mucho más caro. Porque los antros baratos no son accesibles o no están adaptados o ambas cosas (que no son la misma, estimado gremio hostelero), de modo que salir a tomarse algo pierde toda espontaneidad y obliga a una tarea de producción que exige la perfecta coordinación entre el departamento presupuestario y el equipo a cargo de las localizaciones. Así, pasamos de salir de noche como una obra de arte a salir de noche como el rodaje de un episodio de *Euphoria* con un casting de intérpretes añosos. Del «¿dónde acabaremos hoy la noche?» a «espero no terminar volcado en una zanja». Todo ha cambiado. Quedar a cenar con personas queridas fuera de casa se ha convertido en una gincana. Cuando una amiga te quiere descubrir un sitio nuevo donde cenar, tomarse unos vinos o un cóctel es inevitable responderle siempre con un interrogatorio que bajonea todo entusiasmo lúdico: ¿hay escalón a la entrada, ponen rampa? ¿Tienen lavabo adaptado, mesitas bajas, altas, estándar? ¿Cabré bien con la silla?

Soy un rollo, un problema, un estorbo. Lo sé, pero no se lo puedo decir. Por eso ya nunca me emborracho fuera de casa; para que no se me escapen la autoconmiseración ni el pis, ni acabe dándome la razón sobre mi ser un lastre para el ocio alcohólico en exteriores. En casa, que se ha convertido en nuestro lugar favorito para organizar vermús, comidas o cenas, tampoco me suelo poner como Las Grecas, no solo por los comentarios que me encuentro en el foro *Vivir con EM*:

> A mí el neurólogo me dijo en su día, cuando empecé el tratamiento, que nada de alcohol. Luego hablando con un amigo neurólogo me dijo que te lo «prohíben» más que nada porque como te digan que puedes alguna copita… al final te bebes la botella…, pero que realmente ocurrirte no te ocurre nada (bueno, depende de lo que bebas y depende de la persona…), pero si nos dicen que no bebamos es porque el cuerpo tiene que metabolizar el

medicamento en el hígado y si le metemos más carga con el alcohol… pues no es muy bueno. No sé si me he explicado correctamente. Yo me tomo alguna copita o alguna cerveza de vez en cuando.

He dejado de ponerme como Las Grecas porque he entendido que, a veces, también nos emborrachamos para reivindicar nuestra independencia, nuestro libre albedrío, nuestra liberación de los cánones impuestos, un requiebro al buen comportamiento, a estar cansado de ser tan buena. Y no solo durante nuestras adolescencias, también cuando eres expresidente del Gobierno, pasas por la crisis masculina de los cincuenta de hombre cishetero blanco, rico y con poder:

> A mí no me gusta que me digan «no puede ir usted a más de tanta velocidad, no puede usted comer hamburguesas de tanto, debe usted evitar esto y además a usted le prohíbo beber vino». Las copas de vino que yo tengo o no tengo que beber, déjame que las beba tranquilamente; no pongo en riesgo a nadie ni hago daño a los demás.[26]

Ya no busco la embriaguez para reivindicar mi independencia porque hay mentiras que ni el alcohol consigue transmutar, porque soy una persona dependiente y eso implica que hay alguien de quien dependo, que se hace cargo de mí, por amor o por dinero. Que se ocupa de sentarme y levantarme de la silla de ruedas, del sofá, desvestirme, meterme en la cama, llevarme al lavabo a mear, limpiarme el culo después de cagar, ducharme, vestirme. Y antes de emborracharme, de excederme con el vino, el tequila, el whisky o el champán durante alguna sesión amistosa en casa pienso en lo difícil que se lo voy a poner si sigo bebiendo como querría; los efectos del alcohol sobre nuestro sistema nervioso central se hacen aún más violentos en el cuerpo de una persona afectada por la Esclerosis Múltiple, como es mi caso, y acentúa algunos de los síntomas más agresivos de la enfermedad: la espasticidad.[27] Cantan El Langui y Kase.O:

> *Hola, me llamo Espasticidad*
> *y voy a joderte tu día a día.*
> *El daño causado en tu cerebro*
> *me va a dar el placer de hacer que tu*
> *cuerpo se retuerza a mi antojo a lo*
> *largo de tu vida.*
> *Y cada vez mi ataque será más severo.*
> *Y espero que la atrofia muscular te deje*
> *en constante rigidez.*
> *En un esta'o de invalidez.*
> *¡Pero lucharé por ser válido!*

Hay mucho de esa lucha absurda por la validez y la valoración, una reacción contradictoria que me lleva a querer beber como antes, en nuestra casa de ahora igual que en las calles de años pasadísimos. Y no puede ser, no puedo permitírmelo porque no tengo derecho a castigar a quien me cuida, me atiende y me protege. Ya no soy yo tomando decisiones suicidas bajo mi responsabilidad, ahora soy yo movido por otro, articulado por otro a quien también quiero cuidar o proteger del único modo en que sé: obligarlo a hacerse cargo de la movilidad de un cuerpo –el mío, cuya gestión he delegado para casi todas sus funciones– en las mejores condiciones posibles y no agarrotarlo ni desequilibrarlo de más. Abandonarse a la flojera del alcohol ha dejado de ser una placentera entrega para transformarme en un fardo que otro incorpora, teme tirar al suelo, contra el inodoro, que se rompa, que me rompa yo contra la piedra del piso de nuestro cuarto de baño.

O tal vez haya vuelto a la pulsión de las cogorzas adolescentes y esté jugando a buscar el límite para así estar seguro de que sois incondicionales pese a mí, desmadejado y ebrio.

> […] el alcohol fue el motor de mis noches, de mis vínculos sociales, de la mayoría de mis relaciones sexuales y afectivas, e incluso puedo afirmar que mi primera novela la escribí enteramente en estado de embriaguez. Yo fui una borracha orgullosa. Me aseguré de ser reconocida como buena bebedora, de esas que beben como los hombres, que no se quejan y aguantan la siguiente ronda. Al final, me decía a mí misma, si no te levantas con ganas de servirte un vaso de vodka con hielo en ayunas, no tienes un problema, ¿no? Por eso para mí era muy difícil pensar en una vida sin beber, porque por casi treinta años era la única forma que conocía de vincularme con el mundo y conmigo misma.[28]

*What is this thing you call substance*
*abuse? All I wanna do is forget and get loose.*

*Drinking and smoking over and over*
*What's so great about a life that's sober?*

*There's nothing cool about being young*
*When the monsters of night have stolen*
*the sun.*

*I'm tired of searching for words in the*
*sky.*
*All I wanna do is drink and die.*
*Nothing is real. It's all a big lie.*
*All I wanna do is drink and die.*

*There's nothing cool about being young*
*When the monsters of night have stolen*
*the sun.*

Atiborrarse de alcohol como una forma de morirse un rato, de pulsar el interruptor que apaga nuestra conciencia, de perder el miedo e invocar al ángel de la guarda que protege a quienes se emborrachan demasiado y resucitan después de cada mala caída escaleras abajo dando tumbos para acabar saltando a otra realidad paralela *post mortem* donde lo recordamos todo, pero no hemos aprendido nada. Las paredes curvas de la copa de cristal como un par de paréntesis que nos escoltan, que nos salvan del ruido del mundo afuera y del rasgado de las costuras que se nos abren.

Beber porque no pasa nada, porque no es para tanto, porque peor sería drogarse. Porque «nunca te fíes de un hombre que no bebe», dicen que decía Humphrey Bogart, si bien la periodista Marta Moleón le adjudicaba esa frase a otro mítico actor en un artículo publicado por *La Razón* hace unos cuantos años: «Las 15 frases más legendarias de John Wayne»,[29] entre las que junto a esa advertencia contra los abstemios incluía unas cuantas más de lo que podría ser el corpus básico de un pedestre tratado filosófico del macho tóxico: «Nunca pidas perdón y nunca te disculpes. Es un signo de debilidad». «Si los tienes cogidos por los huevos, sus corazones y sus mentes les seguirán». «Un hombre tiene que hacer lo que un hombre tiene que hacer». Porque la intoxicación alcohólica y la viril siguen combinando a la perfección para un cóctel explosivo bien cargado.

Porque Bienvenida Pérez, una señora de Valencia (1957) de muy buen beber que ejerció como esposa del secretario de Estado para la Marina del Gobierno británico, para después hacerse amante del jefe del Alto Estado Mayor británico –un cargo del que se vio obligado a dimitir, acusado de haber revelado secretos de Estado a la valenciana después de que ella le montara una encerrona estupendamente pagada por un tabloide, un kit «te-voy-a-destrozar-la-vida» donde se incluían grabaciones de conversaciones íntimas y unas cuantas fotos picantes de ambos en la cama–; esa Bienvenida Pérez dijo una vez en televisión, ya convertida en una celebridad carne de reality en nuestras teles, que siempre valoran el talento: «¡Qué de tonterías hace la gente sobria!», y nos pareció que su frase estaba pidiendo un brindis a gritos. Y mármol. Y un cincel.

Emborracharse para mutar de estado y dejar de ser pobre. Solo borracho. Olvidar que estás rota. Solo borracha. Que estás asustado. Solo borracho.

Ponernos como Las Grecas para así detenerlo todo un poco, reducir la velocidad, aunque sea a frenazos bruscos, y poder seguir adelante.

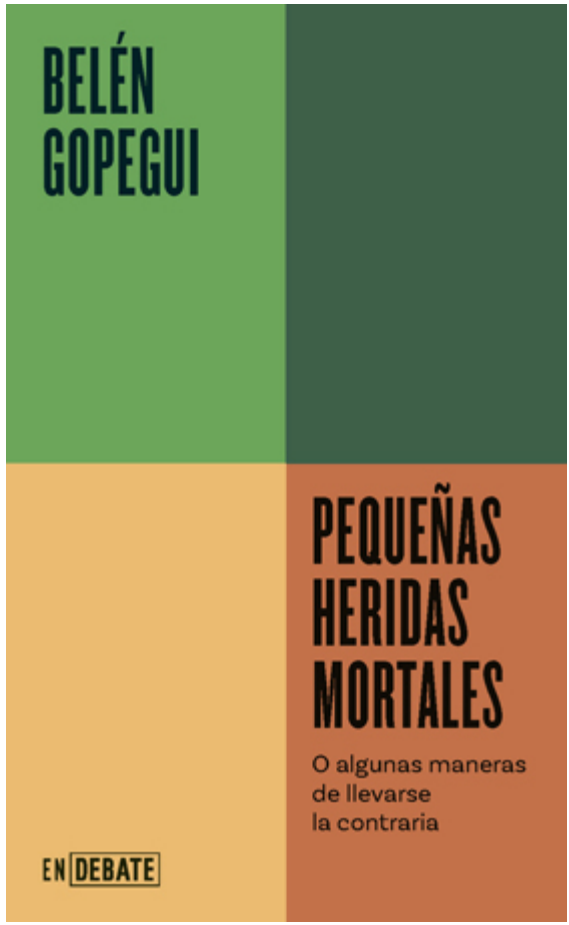
Avanzar haciendo eses, siempre a punto de trastabillar y aterrizar de boca. No se me ocurre un mejor símil para nuestras vidas que «son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir».[30]

> Hay una relación entre el alcohol y la escritura, de eso no cabe duda, que se remonta a tiempo atrás. En la antigua Atenas se hablaba de los poetas borrachos. Ese espacio seguro que encontré en la escritura a los doce años nunca ha cambiado, siempre escribo desde ahí. He tenido críticas malas y muchas crisis, pero nunca ha afectado a ese espacio. Nunca he podido escribir cuando bebía, porque me volvía sentimental, perdía la precisión, la agudeza, el foco, la claridad; incluso con una pequeña cantidad de alcohol mi escritura se volvía pésima. No escribo todos los días, pero, cuando lo hacía, la combinación durante muchos años era escribir de día y beber de noche. Cuando empecé a hacerlo por las mañanas tuve que parar. Y lo logré.[31]

He escrito todo lo anterior sobrio, como suelo estar casi siempre salvo cuando convoco a amigas, a amigos, a casa y nos celebramos piripis *ma non troppo*. Hay que escribir sobrio porque se trata de una tarea peligrosa, tanto como conducir vehículos pesados, maquinaria agrícola o aviones de pasajeros. Conviene andarse con cuidado y bien alerta cuando se escribe porque la literatura tiene algo de invocación que nos exige prudencia y atención precisa. Porque, después de tres años de silencio, hace un par de días J.Q. volvió a aparecer por aquí, en esta misma pantalla donde llevo semanas inmerso trabajando en este ensayito que estáis a punto de terminar de leer. Reapareció J.Q. en mi WhatsApp con una foto de la fachada del edificio de Marqués de Urquijo esquina con la calle Princesa de Madrid donde viví durante un par de años, después de separarme del hombre pequeño infame y hasta que conocí a Mauricio. J.Q. me envió la fotografía de la que fue mi casa, desde fuera, y me confesó que se le había escapado una lagrimita al volver a pasar por allí después de más de veinte años. Que se acordó de lo bien que lo pasamos todos esos años. «Yo sigo bebiendo muchísimo», me dijo J.Q. cuando le conté que aparecía en un librito que estaba a punto de entregar, *Como Las Grecas*, donde trataba de entender por qué bebimos tanto. «Yo ya no –le respondí–, pero también me acuerdo».

Era joven, imbécil y borracho y me convertí en una parodia de mí mismo. Pero, joder, cómo me lo pasaba aquellos días en los que salía a echar un trago y me despertaba preguntándome: «¿Cómo coño he llegado yo a Marsella?».

PETER O'TOOLE




Más que un libro, esto es una conversación a modo de propuesta de amistad, con siete disquisiciones sobre asuntos como liarse la manta a la cabeza, la seducción de los personajes malos, usar la imaginación propia para entender la ajena, el rencor y la fortuna, los cataclismos medioambientales o el sentido de la vida como historia que escribimos entre todas las personas, a veces sin querer.

Una introducción concisa y brillante a la obra de Susan Sontag sobre las mujeres, que reúne sus primeros ensayos, varios de ellos inéditos en español, relativos al envejecimiento, la igualdad, la belleza, la sexualidad y el fascismo. En conjunto, estos análisis, reacios a la fácil categorización, muestran no solo su curiosidad implacable, su precisión histórica y su vigor político, sino la inimitable mente de Sontag en acción.

Siguiendo la huella de los canes cervantinos, dos perras callejeras, Lina Meruane y Luna Miguel, discuten las contradicciones de los feminismos contemporáneos en torno a la liberación de los cuerpos. Ese diálogo, a ratos un fiero contrapunteo generacional, es asimismo un alegato contra la cancelación.

Esto no es un libro de autoayuda. Es un manifiesto filosófico y político contra todo lo que se supone que nos hace más productivos y modernos. Un ensayo audaz y provocador en defensa del silencio, la lentitud, la soledad, la tranquilidad, la introversión y la naturaleza. Un manual de resistencia.

**Bob Pop vuelve con su estilo personalísimo para explicarnos porqué hay cosas que ya no tenemos por qué aguantar.**
**«Escribe como habla, habla como piensa y piensa muy bien».**
**Andreu Buenafuente**

«Siempre tengo sed. Cuando bebo agua no pasa nada solo me hago pis. Cuando bebo alcohol pasan cosas. Cuanto más bebo más cosas pasan. Beber hasta caer en compañía, es una atracción, como subirte con amigas en una montaña rusa. El único momento de la semana en que me puedo dejar llevar. Caer. Caer en compañía a un abismo divertido. Bebemos hasta caer porque confiamos en tener alguien que nos sostenga o porque sabemos que no hay nadie para sostenernos. Es un juego. Peligroso.»

**Sobre el autor:**
«Bob Pop es nuestra Fran Lebowitz».
Laura Barrachina, *El Ojo Crítico*

«Bob Pop es único contando historias».
Elena Santos, *El HuffPost*

«Bob Pop son dos palíndromos breves que encierran lo mucho vivido y lo mucho imaginado».
Héctor Llanos Martínez, *El País*

**Bob Pop** (Madrid, 1971) es uno de los periodistas culturales y de sociedad más seguidos del momento por su trabajo con Andreu Buenafuente y su presencia en radio y redes sociales. Entre otros libros, es autor de *Un miércoles de enero* y de la novela *Mansos* (Alfaguara, 2021). En 2021 ganó un Premio Ondas a la mejor serie de comedia por *Maricón perdido*. *Días simétricos* (Alfaguara, 2023) recoge sus diarios, adaptados también por el autor en forma de monólogo teatral.

Primera edición: marzo de 2024

© 2024, Roberto Enríquez Higueras, autor representado por
Editabundo, S. L., Agencia Literaria
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la colección: PRHGE / Nora Grosse

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02958-5

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros
X: @debatelibros
Instagram: @debatelibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

[1] Bohumil Hrabal, *Bodas de casa*, Barcelona, El Aleph, 2012.

[2] Edward Slingerland, *Borrachos: cómo bebimos, bailamos y tropezamos en nuestro camino hacia la civilización*, Barcelona, Deusto, 2022.

[3] Natalia Carrero, *Otra*, Madrid, Tránsito, 2022.

[4] Restaurante frecuentado por la alta sociedad neoyorquina en la segunda mitad del siglo xx y que da título a uno de los capítulos de *Plegarias atendidas*, la novela inacabada que supuso el fin de su autor, Truman Capote, a quien tanto J.Q. como yo venerábamos.

[5] María Moreno, *Black out*, Barcelona, Literatura Random House, 2017.

[6] https://danieltrujillo.es/blog/atenuante-embriaguez/.

[7] William Shakespeare, *Macbeth*, Barcelona, Penguin Clásicos, 2015 [trad. de Agustín García Calvo].

[8] https://www.pikaramagazine.com/2023/06/borra chas/?format=pdf.

[9] Canción de Stephen Sondheim compuesta para el musical *Company* que retrata los hábitos de señoras bien de mediana edad que se reúnen para comer, hablar y beber: «When they get depressed, / It's a bottle of scotch, / Plus a little jest». («Cuando se deprimen / basta con una botella de whisky / y una pequeña broma»).

[10] Marguerite Duras, *La vida material*, Madrid, Alianza, 2020.

[11] Juan Carlos Cobián, Raúl Doblas y Alberto Weisbach, «Los mareados».

[12] Jorge Matías, *Vinagre*, Pamplona, Next Door, 2013.

[13] ¿Por qué, si consideramos el ligue como una cacería, hemos salido tantas veces a cobrarnos las piezas con los sentidos embotados por el alcohol? ¿En qué momento nos pareció que así podríamos hacer puntería y abatir al animal que deseábamos comernos primero y disecar después?

[14] ¿Por qué bebes? Porque en los bares se bebe y esto es un bar. No me parece una mala respuesta, la verdad.

[15] «Esta casa» es MI CASA. *(Nota del autor)*.

[16] Véase nota 14. *(Nota de la autora)*.

[17] https://www.ccma.cat/3cat/maruja-torres-dos-whis kys-al-dia-son-els-meus-palliatius/audio/1190629/.

[18] Jacarandá Serrano, https://www.pikaramagazine. com/2018/11/digo-mas-veces-no-es-no-a-la-gente-que-bebe-alcohol-que-a-los-machirulos/.

[19] Velibor Čolić, https://elpais.com/babelia/2023-12-02 /velibor-colic-escritor-bebi-para-ahogar-mis-penas-pero-aprendieron-a-nadar.html.

[20] Oriol Escullies, https://somatents.com/es/magazine-es/nosotros-y-el-alcohol/.

[21] Loc. verb. *Ho*, *ES*, *Ni*, *Pa*, *Co*, *Ec*, *Ch*. Manifestar un hombre tendencia a la homosexualidad. *pop fest*, *Diccionario de americanismos*.

[22] Borrachera. *(Nota del maridito)*.

[23] Aguardiente. *(Nota del maridito)*.

[24] Ese soy yo. De momento. *(Nota del autor)*.

[25] Mauricio Rétiz, Maridito.

[26] José María Aznar, https://elpais.com/elpais/2007 /05/03/ actualidad/1178180233_850215.html.

[27] «La espasticidad, uno de los síntomas más comunes de la esclerosis múltiple (EM), se manifiesta como rigidez muscular, a menudo generalizada y crónica, y puede ser la causa de muchos otros síntomas asociados (sueño, disfagia, disartria, problemas de esfínteres y vejiga, sexuales, etc.).

»De hecho, la espasticidad es una de las principales causas de discapacidad en las personas que sufren EM, puesto que suele acompañarse de dolor, ya sea

continuo o por espasmos, cambios en el funcionamiento vesical, en el patrón del sueño e incapacidad para caminar y realizar otros movimientos, incluidos los necesarios para la higiene personal». *Vivir con EM*, https://www.vivirconem.com/sintomas-escle rosis-multiple/espasticidad/.

[28] María del Mar Ramón, «Confesiones de una abstemia: cuando sospechas de tu forma de beber mucho antes de dejarlo, *S Moda*, 19 de noviembre de 2023, https://elpais. com/smoda/2023-11-19/confesiones-de-una-abstemia-cuan do-sospechas-de-tu-forma-de-beber-mucho-antes-de-dejar lo.html.

[29] https://www.larazon.es/cultura/20200611/7n7bngg 54bh3hmrgpje3o2eju4.html.

[30] Jorge Manrique, «Coplas a la muerte de su padre».

[31] John Fosse, entrevista publicada en *El País*, el 11 de junio de 2019, https://elpais.com/elpais/2019/06/03/eps/ 1559571383_074568.html.

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»**

EMILY DICKINSON

# Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

**Penguinlibros.club**

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

# Índice

Como las Grecas. ¿Por qué nos emborrachamos así?

'Como las Grecas. ¿Por qué nos emborrachamos así?'

Otros EnDebate

Sobre este libro

Sobre Bob Pop

Créditos

Notas